

LA FORMACIÓN PERMANENTE COMO FIDELIDAD CREATIVA

Peter Hans Kolvenbach, S.J.

Carta a la Compañía de Jesús

Roma, 7 de marzo de 2002

1. INTRODUCCIÓN

La formación permanente y el discernimiento apostólico constituyen “el pilar” de la renovación espiritual y apostólica de la Compañía. Esta era la convicción profunda del P. Pedro Arrupe que, siguiendo las orientaciones de las Congregaciones Generales 31^a. y 32^a., expresó en repetidas ocasiones, exhortando y motivando a los jesuitas y al cuerpo universal de la Compañía a capacitarse y adaptarse constantemente para responder a las exigencias de nuestra misión y los desafíos del mundo actual[1]. Insistía en que Dios quiere servirse de nosotros como instrumentos aptos y eficaces para responder a los cambios rápidos y profundos del mundo que nos *obliga a reflexionar tanto sobre él como sobre nosotros para poder conocer en qué cosas debemos modificarnos y modificar también nuestros conocimientos, actitudes y métodos apostólicos... para estar a la altura de nuestra vocación*[2]. No se trata únicamente de un perfeccionamiento teórico, académico o práctico a modo de reciclaje intelectual o profesional, sino de *algo mucho más profundo y extenso, pues la formación permanente radica en lo más hondo del espíritu que desea adaptarse lo más posible y en todo lo posible a las circunstancias presentes y a prever, en cuanto cabe, el mismo porvenir*[3]. La formación permanente implica una dedicación y esfuerzo constantes de renovación espiritual, intelectual, práctica y operacional que nos permite captar y responder a las nuevas realidades de un mundo en continua mutación, y transmitir la palabra de Dios a los hombres y mujeres de nuestro tiempo; se trata de una dimensión integrante del proceso de “continua conversión” muy coherente con el magis ignaciano[4].

El convencimiento de que la formación permanente era una asignatura pendiente y que pocos jesuitas captaban bien su significado y trascendencia y la gran ayuda que de ella recibirían para una mayor eficacia apostólica, movió al P. Arrupe a motivar, clarificar y dar orientaciones concretas, a partir de la información que recibiría en las cartas ex officio de 1981. Correspondió al P. Paulo Dezza, Delegado del Sumo Pontífice, terminar esta tarea, y envió un informe sobre la situación de la formación permanente a todos los superiores mayores, sobre la base de la información recibida por medio de dichas cartas ex officio[5]. En el informe se afirma que casi nadie niega la necesidad y urgencia de la formación permanente; pero muchos sostienen que no tienen tiempo para ella, debido a la imposibilidad de dejar el trabajo concreto que se realiza. Esta razón supone que la formación permanente se concibe sólo como un reciclaje o “aggiornamiento” intelectual eventual, y no como un elemento constitutivo y natural de nuestra vida apostólica y de nuestro modo de proceder[6].

2. LA FORMACIÓN PERMANENTE COMO EXIGENCIA DE NUESTRA FIDELIDAD CREATIVA

Desde que el Concilio Vaticano II señaló nuevos caminos para la formación sacerdotal y religiosa, el concepto de la formación en general y de la formación permanente han evolucionado a partir de las diversas experiencias formativas que el mismo Concilio impulsó[7]. Esta evolución y diferente comprensión de la formación se han visto reflejadas en la Compañía, sobre todo en las C.G.

31ª y 32ª. Esta última la concibe como un proceso constante de integración personal y al cuerpo apostólico de la Compañía e insiste que estos aspectos no se pueden separar. *“Toda la formación de los nuestros debe concebirse y desenvolverse como un proceso progresivo de integración de la vida espiritual, del apostolado y de los estudios, de modo que la plenitud de la vida espiritual sea la fuente del apostolado, y éste a su vez impulse hacia los estudios y hacia una vida espiritual intensa[8].* Así pues la formación nunca termina e implica todas las dimensiones y etapas de la persona, y da prioridad a la vida en el Espíritu como el aspecto que estructura y da sentido a los demás[9]. La C.G. 32ª. distingue dos etapas: la formación inicial o primera, que “comienza desde el noviciado” y termina normalmente con la tercera probación[10] y la “formación continuada o permanente”. Esta no es un remedio de posibles fallas de la formación inicial, ni tampoco su complemento, perfeccionamiento o adaptación. Al contrario, *la formación primera debe ordenarse a la formación continua[11],* como preparación a una vida de formación permanente, aunque aquélla tiene una autonomía relativa y sus propios requisitos por ser una etapa de probación y el período de iniciación a la vida religiosa[12]. La formación inicial es la primera etapa de una vida de formación continua, y ha de propiciar el gusto y la curiosidad intelectual y la adquisición de actitudes y habilidades que favorezcan el discernimiento apostólico y la capacitación y adaptación constante a los continuos cambios, y crecer junto con ellos[13].

La vida humana es por su propia naturaleza continuidad y cambio, y cuando estos se conjugan armoniosamente garantizan la maduración y desarrollo de la persona. La formación permanente capacita a las personas a vivir el cambio en la continuidad y la continuidad en el cambio. Esta dinámica vital queda expresada en la palabra “fidelidad” que implica la adhesión constante a valores perennes y su apropiación y encarnación en las diversas circunstancias y etapas de la vida. De esta forma se crece y madura, se va construyendo la vida humana, como un proceso progresivo de crecimiento cualitativo, como un perfeccionamiento que supone inventiva y creatividad[14]. La formación permanente entendida de esta manera ayuda a integrar la creatividad en la fidelidad, ya que nuestra vocación conlleva un crecimiento dinámico y una fidelidad a las llamadas del Señor discernidas en los signos de los tiempos. *De esto depende la calidad de nuestro servicio apostólico[15].* Se trata de una fidelidad y un dinamismo que ha de llevar *a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de los fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy,* a realizar lo que San Ignacio haría hoy, en fidelidad al Espíritu para responder a las exigencias apostólicas de nuestro tiempo[16].

3. FUNDAMENTO Y ASPECTOS INTEGRANTES DE LA FORMACIÓN PERMANENTE.

a) Fundamento de la formación permanente.

La necesidad de la formación permanente es una exigencia de la misma vocación religiosa y apostólica, ya que necesitamos reavivar continuamente el don recibido, mantenerlo siempre encendido y tener fresca la novedad permanente del don de Dios[17]. El seguimiento de Cristo conlleva un dinamismo que requiere ser alimentado y renovado incesantemente y su llamado a seguirlo se repite en cada

momento, y nos pide un esfuerzo constante para revestirnos progresivamente de sus sentimientos hacia el Padre, ya que por nuestro ser de pecadores jamás podremos suponer que hemos realizado totalmente la gestación de aquel hombre nuevo que experimentamos dentro de nosotros ni que poseemos en todas las circunstancias de nuestra vida los mismos sentimientos de Cristo[18]. Desde esta perspectiva la formación permanente implica vivir en un proceso continuo de conversión y renovación espiritual.

Por otra parte nuestra misión es una gracia viva que recibimos y vivimos con frecuencia en situaciones inéditas y hemos de custodiarla, profundizarla y apropiárnosla constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne[19]. El “magis” ignaciano que expresa *la tensión apostólica que define la identidad del cuerpo apostólico de la Compañía desde sus orígenes hasta hoy*[20], nos exige una continua renovación espiritual y apostólica, sin la cual *se nos puede preguntar si nuestras actitudes de base traducen una acción y una imagen comprensible para nuestros contemporáneos, y si somos, en las manos de Dios, instrumentos adecuados para ayudar a las almas, del mejor modo posible*[21]. *No tendremos nada que ofrecer a esta sociedad y al diálogo con los demás si no estamos embebidos de la fidelidad al carisma ignaciano, no para repetirlo mecánicamente, sino para recrearlo aquí y ahora, al servicio de la Iglesia y del mundo. Hay que insistir en que las características del carisma ignaciano impregnen toda la formación inicial y permanente*[22]. Si queremos ser capaces de responder a las necesidades de todos y todas las que buscan el sentido de su vida y de ayudar a las personas a encontrar personalmente a Dios, debemos ser exigentes con la formación primera y la formación permanente[23].

b) Aspectos de la Formación permanente.

¿Qué campos o aspectos debe cubrir y abarcar la formación permanente? Conviene recordar lo que el P. Paolo Dezza decía en su informe de 1981: *Nuestra formación permanente al igual que nuestra formación anterior, ha de comprender dos campos: 1) El desarrollo y maduración de la personalidad en todas las etapas de la vida y de la fe. Porque el hombre que no crece y en cuya vida no hay lugar para lo nuevo, está ya como muerto y no puede evidentemente, suscitar vida en los demás, y 2) La adquisición y perfeccionamiento de los conocimientos teóricos y prácticos necesarios para el cumplimiento de la misión apostólica en unas circunstancias siempre en cambio*[24]. Estos dos aspectos son inseparables y se condicionan mutuamente. Reducir la formación permanente sólo o preponderantemente a la dimensión intelectual a través de reciclajes, años sabáticos, cursos y participación en reuniones diversas es volver a una concepción de formación ya superada, como se ha mencionado más arriba. La renovación intelectual es formativa en la medida en que también maduramos y vamos creciendo en integración personal como personas y como jesuitas, y nos vamos integrando al cuerpo de la Compañía, en un proceso progresivo[25].

Puesto que el sujeto de la formación permanente es la persona con todas sus dimensiones en cada etapa de la vida, el objetivo o *término de la formación es la totalidad del ser humano*, e incluye 5 aspectos fundamentales[26]:

a) La primacía la tiene la vida en el Espíritu, en la que el discernimiento apostólico ocupa un lugar esencial. La C.G. 32^a. nos dice que *la formación continua se consigue principalmente por la constante evaluación y reflexión sobre el propio apostolado bajo la luz de la fe y con la ayuda de la comunidad apostólica...*[27]. Este texto sitúa la formación permanente en el contexto de la misión y la presenta como un aspecto integral esencial de nuestra vida apostólica que debe ser continuamente evaluada y discernida por medio de la meditación de la palabra de Dios y la contemplación del mundo, en un diálogo orante con el Señor[28]. Después del estudio y reflexión viene la planeación y ejecución apostólica, que ha de ser evaluada por medio de la reflexión y discernimiento comunitario. Este proceso torna a una nueva meditación de la palabra de Dios y a una nueva mirada sobre el mundo, y el

ciclo recomienza. De esta manera el discernimiento apostólico comunitario lleva a vivir en un *proceso progresivo de integración de la vida espiritual, del apostolado y de los estudios*, como la misma C.G. 32^a. nos pide[29]. La unión con Dios es indispensable para alimentar y mantener el discernimiento apostólico, que *debe llevarse a cabo simultáneamente tanto en el ámbito del progreso personal como de vida comunitaria*[30], ya que en esta unión con Dios se encuentra y realiza nuestra identidad como consagrados, y ella es el fundamento y fuente de la renovación y dinamismo apostólicos;

b) La dimensión humana y fraterna supone un esfuerzo constante para crecer en nuestra maduración e integración personal y comunitaria. Es indispensable seguir creciendo en el autoconocimiento personal y en la capacidad de manifestarnos y dejarnos conocer, sobre todo por nuestros superiores y aquellos con quienes vivimos y compartimos la misión. Se debe dar una atención especial al conocimiento de los deseos más profundos y al crecimiento en la capacidad de manifestarlos y disponerse así a la gracia de identificarse cada vez más con los sentimientos de Cristo. Así crecerá también la solidaridad comunitaria y apostólica y la experiencia de pertenencia e incorporación al cuerpo de la Compañía;

c) El tercer aspecto es la dimensión apostólica que en la práctica requiere la puesta al día de los objetivos y métodos apostólicos, en fidelidad a nuestra misión y modo de proceder;

d) La dimensión intelectual, fundada en una sólida formación teológica necesaria para el discernimiento personal y apostólico, nos pide una actualización constante en los diversos ministerios y obras en que se concretiza la misión actual de la Compañía y la misión concreta que cada uno ha recibido;

e) En la dimensión del carisma o “modo nuestro de proceder”, *convergen todos los demás aspectos como en una síntesis que requiere una reflexión continua sobre la propia consagración*[31], que exige la profundización constante de nuestra espiritualidad y carisma ignaciano, a lo largo de toda la vida, como un elemento integral y esencial de nuestra formación permanente[32].

4. INSTANCIAS Y RESPONSABLES DE LA FORMACIÓN PERMANENTE.

a) La comunidad como un lugar privilegiado de la formación permanente.

Un lugar privilegiado para la formación continua es la comunidad apostólica, como la misma C.G. 32^a. lo expresa[33], pues en ella el jesuita encuentra el impulso y apoyo necesarios, aunque también las obras apostólicas, las Provincias y Asistencias han de impulsar y ofrecer elementos para la formación permanente, ya que ésta es una exigencia para los jesuitas individuales y para todo el cuerpo de la Compañía[34]. Hemos de preguntarnos si en verdad nuestras comunidades pueden impulsar y mantener el discernimiento apostólico y otras formas de formación continua. ¿No es verdad que el activismo que identifica todo tipo de ocupación y trabajo con la misión apostólica, la falta de sentido de cuerpo, el aislamiento, el individualismo y el subjetivismo reinantes en muchas de nuestras comunidades son los obstáculos mayores para la formación permanente, que no es una actividad meramente individual y eventual[35]?

Hay que seguir insistiendo en pasar de una “comunidad de apóstoles” a una “comunidad apostólica”, en la que sus miembros encuentren el espacio para una comunicación fraterna, para la manifestación de sus deseos y necesidades profundas, para la reflexión y oración; una comunidad en la que, por la comunicación personal y espiritual, crezca la corresponsabilidad de unos por otros y la ayuda mutua para descubrir la voluntad de Dios en los signos de los tiempos y profundizar en el conocimiento y apropiación de nuestro modo de proceder[36]. Una comunidad así se convierte en un lugar de formación por excelencia para la profundización y apropiación de nuestro carisma y misión[37], donde

las grandes orientaciones apostólicas se hacen operativas, gracias a la paciente y tenaz meditación cotidiana... y donde día con día somos ayudados a responder como personas consagradas que participamos de un mismo carisma, a las necesidades de los últimos y a los desafíos de la nueva sociedad[38].

Crear una “comunidad apostólica” es exigencia de nuestra misión y forma parte integral de ella, ya que la comunidad es en sí misma misionera, anuncio y proclamación de Dios por medio del amor fraterno y el testimonio de comunión[39], y porque a través de ella se concretiza la misión universal de la Compañía y se hace posible su realización. Hemos de convencernos que nuestra misión y sus prioridades apostólicas tal como han sido indicadas por las últimas Congregaciones Generales y concretizadas en los proyectos apostólicos de las Provincias y Regiones *resultarán vanas en tanto la comunidad, local y dispersa, no las traduzca en un programa o proyecto de vida comunitaria*[40], proyecto que no se reduce a señalar algunas actividades comunitarias mínimas en el horario y calendario de la comunidad, sino que favorece la apropiación de los valores del modo nuestro de proceder, el discernimiento apostólico y la formación permanente. Es muy conveniente establecer con claridad en el proyecto comunitario los objetivos y metas que se pretenden y los medios para lograrlas considerando la situación concreta de cada comunidad, el número de sus miembros, la misión concreta que han recibido, el entorno en que se encuentra, y los recursos materiales y personales disponibles en el ámbito local, de la Provincia o Región y de la Asistencia.

b) Responsables de la formación permanente.

El superior local es el responsable de promover la formación permanente en la comunidad y en cada uno de sus miembros, especialmente con el testimonio de su dedicación a la propia formación[41]. Ha de impulsar la elaboración, realización y evaluación del proyecto comunitario que ha de incluir la formación permanente como un elemento esencial. Pero hay que tener muy presente que antes que el superior local, cada jesuita es el responsable de su propia formación continua y que de nada sirve un proyecto comunitario o un programa provincial o interprovincial si la persona misma no está convencida de la necesidad que tiene de ella[42]. Esto sin duda exigirá de muchos jesuitas una conversión profunda, que se ha de manifestar en una mayor racionalización en el uso del tiempo y en renunciar a algunas actividades apostólicas quizá gratificantes para dedicar tiempo y esfuerzo a la formación permanente, como un aspecto esencial e integrante de la misma misión apostólica. El futuro de muchas obras apostólicas y ministerios depende en ocasiones no tanto del número de jesuitas, sino del grado de preparación y de audacia apostólicas para enfrentar los desafíos de una cultura que cambia continuamente[43]. Así pues será necesario que cada jesuita en su proyecto personal de vida defina sus prioridades entre las cuales debe ocupar un lugar importante la formación permanente. El superior mayor tiene también un papel decisivo pues es el responsable de la formación de todos los miembros y comunidades de su Provincia o Región[44], y le corresponde aprobar el proyecto comunitario en el que ha de encontrar un apoyo e impulso inmediato el proyecto de formación permanente de cada jesuita. Cuando realice las visitas canónicas a las comunidades debe preguntar a cada jesuita durante la cuenta de conciencia, cómo realiza su formación permanente, y verificar si la comunidad la propicia y apoya.

Puede ser conveniente que en algunas Provincias o Regiones el superior mayor delegue en una persona o en una comisión la formación permanente de los jesuitas y las comunidades *con la ayuda de los profesores de los nuestros o de los peritos que con su ciencia iluminan la práctica y ellos mismos son llevados por la experiencia de los compañeros a una reflexión más profunda*[45]. La organización de talleres, seminarios y cursos de renovación humana, espiritual y apostólica en el ámbito de las Provincias y Asistencias ha sido muy fructuosa en varias partes de la Compañía, por lo que se deben seguir promoviendo sobre la base de la colaboración interprovincial.

5. RECURSOS Y ETAPAS DE LA FORMACIÓN PERMANENTE.

a) Recursos de la formación permanente.

La formación permanente implica un esfuerzo de mayor coherencia con las exigencias de nuestra misión actual, que nos permite hacer mejor lo que ya hacemos y ser más creativos y audaces apostólicamente, en la línea del “magis” ignaciano. Por eso los medios propios de nuestro modo de proceder son los más adecuados para vivir en fidelidad creativa. Los Ejercicios Espirituales constituyen el principal instrumento para nuestra formación continua, ya que en ellos profundizamos la experiencia de ser pecadores y sin embargo perdonados y llamados por el Señor para estar con Él y trabajar con Él. Se trata de una experiencia espiritual vivida en el contexto de la vida y misión concreta, que afianza la relación y amistad con Cristo, fuente y motor de la fidelidad creativa en la misión. Debemos preguntarnos sobre la forma en que hacemos los EE y si ellos en verdad suscitan el deseo eficaz de vivir en formación continua para ser más operativo nuestro amor al prójimo. La Eucaristía, el sacramento de la reconciliación, la oración personal y comunitaria, los retiros y reuniones periódicas, son también medios necesarios que sostienen e impulsan a una creciente creatividad en la fidelidad, y han de tener un lugar privilegiado en el proyecto personal y comunitario[46].

Dada la importancia que el conocimiento de sí y la automanifestación tienen para la integración personal y comunitaria y para el discernimiento apostólico, la cuenta de conciencia “mantiene todo su valor y vigencia”[47], como un momento privilegiado de gracia en el que nos dejamos conocer por los superiores, expresando nuestras necesidades y deseos profundos, recibimos o somos confirmados en la misión recibida, y nos vamos integrando cada vez más al cuerpo apostólico de la Compañía. He aquí por qué la manifestación de la conciencia a los superiores, junto con los Ejercicios Espirituales *aseguran la preparación continua de los jesuitas para su misión en una creciente fidelidad activa*[48]. Igualmente la dirección espiritual habitual es otro momento de automanifestación en el que somos ayudados a madurar humana y espiritualmente, a mantener un ritmo espiritual dinamizador, a superar los momentos de oscuridad y de crisis y a progresar en el aprendizaje del discernimiento[49]. Hemos de preguntarnos si en verdad aprovechamos como debemos estos medios ordinarios de formación continua propios de nuestro Instituto y qué debemos hacer para servirnos mejor de ellos.

La formación continua implica una dedicación asidua a la lectura y profundización en las fuentes de nuestro carisma y en la reflexión bíblica y teológica[50] y requiere tiempos especiales de capacitación y “aggiornamento” profesional e intelectual[51]. El estudio personal y la reflexión compartida en comunidad deben ser parte de nuestra vida ordinaria como jesuitas[52]. Y eventualmente, con ocasión de cambio de destino o después de algún período largo de trabajo y teniendo en cuenta el momento o etapa de la vida, es muy conveniente hacer un reciclaje pastoral y apostólico o tomar un período sabático o participar en algún programa integral de formación permanente, de acuerdo a un programa bien planeado y discernido y aprobado por los superiores[53], para que realmente sea un tiempo de renovación y capacitación.

Hay diversas actividades y eventos en el ámbito de las Provincias, Regiones y Asistencias que constituyen medios muy adecuados de formación permanente, cuando se participa en ellos con la preparación necesaria y se intenta llegar a conclusiones concretas y operativas. Forman parte de estos eventos las asambleas de Provincia o de Asistencia, las reuniones de superiores locales, directores de obra, de los responsables de los diversos sectores apostólicos, las reuniones de maestros de novicios y promotores vocacionales, talleres de Ejercicios Espirituales, cursos para la formación de formadores y todos aquellos encuentros *que nos ayudan a conocer mejor las culturas en que vivimos y trabajamos, y a aprender a dar respuesta a las necesidades siempre nuevas y cada vez más complejas de los*

hombres y mujeres de nuestro tiempo[54].

b) Etapas de la formación permanente.

La formación se refiere a toda la vida y abarca diversas etapas o “ciclos vitales” a través de los cuales la persona va creciendo y realizando su actividad. *Hay una juventud de espíritu que permanece en el tiempo y que tiene que ver con el hecho de que el individuo busca y encuentra en cada ciclo vital un cometido diverso que realizar, un modo específico de ser y servir y de amar*[55]. La formación permanente debe tener en cuenta estas etapas con las oportunidades y desafíos que presentan y adaptarse a ellas[56].

El período que se refiere a los primeros años después de la ordenación sacerdotal o de la formación inicial ya fue abordado por la C.G. 34^a. en el decreto *El jesuita sacerdote: sacerdocio ministerial e identidad* y por el documento *La formación del jesuita durante la etapa de Teología*, y ambos ofrecen algunas indicaciones concretas para la formación continua en esta etapa de la vida del jesuita[57].

En la “fase de la edad madura” que se suele situar entre los 45 y 65 años, es posible que junto con el crecimiento personal, se presente una tendencia fuerte al individualismo, acompañado en ocasiones del temor de no estar adaptado a los tiempos y la sensación de cierta rutina, cansancio y frustración por no haber alcanzado las metas previstas durante los años de juventud. Por esto la formación permanente se debe centrar en una más profunda experiencia espiritual que permita recuperar la historia personal a la luz de Dios y ver el presente como un momento de gracia y esperanza en que en los años posteriores todo será posible con la fuerza que viene de Dios. Es muy probable también que las dificultades comunitarias y apostólicas vividas hagan sentir la necesidad de una mayor profundización y apropiación de los valores de nuestro modo de proceder, para una “segunda conversión” y un nuevo impulso apostólico, junto con la purificación de algunos aspectos de la personalidad, y así poderse ofrecer a Dios con mayor pureza y generosidad[58]. Es un período muy adecuado para interrumpir el trabajo y tomar un tiempo sabático que incluya un reciclaje académico y pastoral, como preparación a la misión concreta en los siguientes años[59]. Cuando se acerca la edad del retiro es muy conveniente una preparación humana y espiritual para asumir con alegría y sentido esta etapa de la vida y aceptar la disminución de la actividad. Algunas experiencias de trabajo en un campo apostólico diferente puede también ayudar a encontrar un apostolado adecuado a esta edad.

La atención a los ancianos y enfermos tiene una parte relevante en la vida de la Compañía. Además del cariño y agradecimiento que sentimos y expresamos a nuestros hermanos que se han desgastado en el servicio del Señor y de la Compañía en la Iglesia, les decimos que también el atardecer y el anochecer de la vida tienen una misión y por lo mismo es necesario vivir esta etapa en actitud de formación continua. *Nuestros ancianos y enfermos continúan siendo apostólicamente fecundos al hacer a los demás partícipes de su sabiduría, acumulada en la experiencia de su servicio a nuestra misión*[60] y dejándose plasmar por la experiencia pascual y configurándose con Cristo crucificado que se abandona en las manos del Padre hasta entregarle su espíritu. Es muy de desear que los jesuitas ancianos permanezcan en una comunidad apostólica mientras no necesiten una ayuda extraordinaria, y que tengan una ocupación adecuada a su situación personal, para experimentar en esta etapa de su vida, lo que dice el salmista hablando del justo y compararlo con el cedro del Líbano: ... *en la vejez seguirá dando fruto y estará lozano y frondoso, proclamando que el Señor es recto...*[61].

6. CONCLUSIÓN.

Se concluye este documento con una síntesis que recoge los aspectos más prácticos para realizar la formación permanente. Todos deben asumir su responsabilidad con sinceridad y generosidad, pues la

calidad de nuestro apostolado, la existencia de muchas de nuestras obras apostólicas y el futuro de nuestro servicio a la Iglesia dependen en gran parte de nuestra formación permanente. Cada jesuita se debe preguntar de qué forma está usando los talentos que Dios le dio y cómo se prepara para ser instrumento apto en sus manos. La respuesta debe quedar claramente expresada en su proyecto personal de vida que ha de discernir con su superior local. Así mismo cada comunidad ha de elaborar un proyecto que incluya la formación permanente como un aspecto esencial, aprobado por el Provincial. Se han de aprovechar mejor de los medios ofrecidos por nuestro Instituto, como los Ejercicios Espirituales, la cuenta de conciencia, la dirección espiritual, los alimentadores de la vida en el Espíritu, sobre todo la vida sacramental y la oración; el discernimiento apostólico comunitario apoyado en una constante renovación y capacitación apostólica y pastoral a través del estudio y reflexión personal asiduos, tiempos sabáticos debidamente planeados y organizados, y la participación en diversas reuniones en el nivel de las Provincias, Regiones y Asistencias. Estas reuniones han de incluir siempre un aspecto de estudio y reflexión sobre algún tema que capacite más y mejor para la misión apostólica.

Los superiores, locales y mayores, y los presidentes de las Conferencias de Provinciales han de informar al P. General en las cartas ex officio cómo se fomenta y realiza la formación permanente en las comunidades, Provincias y Asistencias, y han de fomentar una mayor colaboración interprovincial en este campo.

En la revisión y adaptación de los Ordenes de Formación es necesario situar con claridad el papel de la formación primera que, aunque tiene sus propios objetivos inmediatos como período de probación, ha de capacitar a los jesuitas para vivir siempre en formación. Se requerirá una mayor colaboración y coordinación entre los responsables de los diversos aspectos de la formación, para que ésta sea realmente un proceso constante y progresivo de integración personal y al cuerpo de la Compañía en fidelidad creativa a la misión.

[1] Cfr C.G. 31^a, D.8, Nos.46-48 y C.G. 32^a, D.6, Nos.4, 18, 19, 20, 35 y 36; Cfr también el informe del P. Pedro Arrupe, S.J., sobre el estado de la Compañía a la Congregación de Procuradores de 1978, el 27 de Septiembre, en AR 1978, Pag. 441. Esta misma convicción la expresó en la charla a los superiores locales de Francia, *El Superior local: su misión apostólica* el 13 de Febrero de 1981, en AR 1981, Pag. 557.

[2] Charla a la Conferencia de Religiosos de Colombia, 19 de Agosto de 1977, en *La Iglesia de hoy y del futuro*, Mensajero y Sal Terrae, Pag. 695 y 696.

[3] Ibid. Cfr también su informe sobre el estado de la Compañía, a la Congregación de Procuradores, de 1978. AR 1978, Pag. 441.

[4] Esta concepción del P. Arrupe de la formación permanente como “conversión continua” expresa lo que ya la C.G. 31^a había dicho sobre la formación permanente en el decreto 8, No. 2. Aunque esta congregación general no ofrece una definición o descripción muy precisa de la formación permanente, lo que dice sobre ella (D.8, 46-48), hay que interpretarlo a la luz de lo que afirma sobre la formación en general. Esta es un trabajo progresivo que no tiene fin, un desarrollo orgánico en varias etapas en el que no se debe separar la vida espiritual de las otras dimensiones de la formación (Cfr D.8, 6). Y esta manera de concebir la formación en general y la formación permanente está en coherencia con nuestro seguimiento de Cristo, que se convierte en una continua formación, por nuestra condición de pecadores (Cfr D.8, 2).

[5] Cfr *Algunas enseñanzas a partir de las cartas ex officio de 1981, sobre la formación permanente en la Compañía*, en AR 1981, Pag. 653-661.

[6] La falta de tiempo y de reemplazos, según el informe del P. Dezza, es un pretexto para ocultar el miedo al cambio, la inseguridad ante nuevas visiones, y que supone no caer en la cuenta que el crecimiento y la profundización son aspectos esenciales de la vida humana y espiritual. Cfr AR 1981, Pag. 655. En más de algún caso existe el temor a “dejar el nido” porque podría suceder que al dejar el trabajo concreto para un reciclaje o tiempo sabático otra persona ocupara su sitio.

[7] Cfr *Perfectae Caritatis* (PC), 18 y *Optatam Totius* (OT), 22. El concepto de educación y formación en el campo civil ha evolucionado de un modelo “escolástico” y profesional que reducía la educación o formación preponderantemente al ámbito profesional y técnico y que se realizaba una vez en la vida, a otro modelo que considera todos los aspectos de la persona y su desarrollo global. En el campo eclesial se ha pasado de un concepto de formación que insistía también fundamentalmente en lo académico y que se daba en los primeros años de seminario o vida religiosa (después tocaba poner en práctica lo aprendido), a un modelo de formación centrado en toda la persona y que se desarrolla a lo largo de toda la vida. Cfr PC 18. Después del Vaticano II, los diversos documentos sobre la formación sacerdotal y la vida religiosa insisten y desarrollan este concepto integral, global y continuo de formación.

[8] C.G. 32ª., D.6, No.11.

[9] Cfr Ibid, No. 18. Este concepto de formación aparece expresado con claridad en los diversos documentos de la Iglesia sobre la formación en la vida consagrada. Cfr *Elementos Esenciales de la Vida Religiosa Aplicados a los Institutos Consagrados al Apostolado* (EE), 46; OT 22; *Normas Fundamentales para la Formación Sacerdotal*, 100; *La Vida Consagrada* (VC) 65.

[10] *Este proceso de unificación comienza desde el noviciado... C.G. 32ª., D.6, No.12. Todo el proceso de formación en sus diversos pasos desde el noviciado hasta la tercera probación conviene que favorezca esta integración*”, *ibid*, No.13.

[11] *Ibid*, 18. En la Exhortación apostólica *Pastores Dabo Vobis* (PDV) el Papa afirma que la formación permanente es la continuación natural y necesaria del proceso de estructuración de la persona iniciada en la formación inicial... desde la formación inicial hay que preparar para la formación permanente motivando y asegurando las condiciones de su realización. Cfr 71.

[12] En las C.G. 31ª. y 32ª. hay algunas ambigüedades o aparentes contradicciones, que se pueden explicar entendiendo la formación como un proceso progresivo de integración personal y al cuerpo de la Compañía. La C.G. 31ª. afirma que la formación no tiene fin (Cfr D.8, No.6), pero luego habla de los que ya han terminado su formación o “formados” (*Ibid*, 46). La C.G. 32ª. habla de quienes están *todavía en período de formación* (D.11, 36). En verdad podemos decir que el jesuita puede estar “ya formado” y estar “en formación”, porque la formación es un proceso inacabado.

[13] Es necesario seguir insistiendo que durante la formación primera hay que mejorar la metodología de aprendizaje, reflexión y discernimiento, y suscitar un talante o actitud personal básica de apertura a nuevas ideas, situaciones y culturas. Ya la C.G. 31ª. había aconsejado la revisión de los métodos didácticos, la disminución del número de clases para dar más tiempo al estudio privado y en grupos pequeños y procurar la participación más activa de los estudiantes. Cfr D.9, No.26.

[14] El Papa habla de fidelidad creativa y dinámica en *La Vida Consagrada* (VC) 37. [15] Cfr Peter-Hans Kolvenbach, S. J, *Loyola 2000*.

[16] VC 37; Cfr Peter-Hans Kolvenbach, S.J., *Fidelidad creativa en la misión*, en AR 2000, Pag. 742. Nuestra fidelidad se sitúa en la experiencia creativa de Ignacio, que es una vía para llegar a Dios... y nuestra creatividad se funda en nuestro modo de proceder (Const. 547) que nos pide buscar siempre lo que es mejor para obtener el bien pretendido por la Compañía (Const. 803). Cfr *Ibid*.

[17] Cfr 2 Tim 1, 6; *Potissimum Institutioni* (PI) 67; PDV 70.

[18] Cfr VC 65 y 69. Con relación a los sacerdotes el Papa afirma que *la formación permanente encuentra su propio fundamento y razón de ser original en el dinamismo del sacramento del orden* (PDV 70).

[19] Cfr PI 67 y *Mutuae relationes* (MR) 11 y 12.

[20] Peter-Hans Kolvenbach, *Fidelidad Creativa en la misión*, AR 2000, Pag. 742.

[21] Pedro Arrupe, *El modo nuestro de proceder*, Enero 18, 1979. AR 1979, Pag. 678, No.40. Cfr también su informe sobre el estado de la Compañía a la Congregación de Procuradores, de 1978, AR 1978, Pag. 441.

[22] Peter-Hans Kolvenbach, *Fidelidad creativa en la misión*; Cfr también C.G. 31^a., D.8, 46; C.G. 32^a., D.6, 19; C.G. 33^a., D.1, 21; NC 241; PDV 70. [23] Cfr Peter-Hans Kolvenbach, *Loyola 2000*.

[24] AR 1981, Pag. 657.

[25] Las mejores formas de aggiornamento no podrán tener éxito si no son animadas por una renovación espiritual, a la que corresponde el primer lugar aun en las obras externas de apostolado. El desarrollo de la vida en el Espíritu es la raíz, compendio y fin de las otras dimensiones de la formación inicial y permanente. La formación permanente, ya lo decía el P. Dezza en su informe, no es algo que se realiza ocasionalmente, cuando se presenta una oportunidad, o para buscar un trabajo, sino que ha de ser un esfuerzo constante. Cfr AR, 1981, Pag. 657.

[26] Cfr VC 71. El Papa Juan Pablo II en su carta Postsinodal *La vida consagrada*, al proponer estas 5 dimensiones de la formación permanente, continúa y concretiza las orientaciones ya contenidas en algunos documentos de la Iglesia, sobre la formación de los religiosos, en especial *Directivas sobre la formación en los institutos religiosos* (PI) y *La vida fraterna en comunidad* (VFC).

[27] D.6, No.19.

[28] Cfr Const., parte X, No. 814.

[29] D.6,11. En los documentos de la Compañía y de la Iglesia se usan las expresiones castellanas “formación continua” y “formación permanente” casi con el mismo significado. En Inglés sucede lo mismo con “permanent formation”, “continued formation” y “ongoing formation”. Algunos hacen una distinción que puede ser útil: prefieren usar la expresión “formación continua” para referirse a la formación como un proceso incesante y progresivo de integración personal y apostólica, y “formación permanente” cuando se habla de períodos intensivos de formación que se realizan algunas veces en la vida y fuera de la propia comunidad, como serían los tiempos sabáticos, reciclajes, cursos, talleres, y la participación en diversas reuniones.

[30] AR 1981, Pag. 657.

[31] VC 71.

[32] Cfr Peter-Hans Kolvenbach, *Loyola 2000*. Aunque en esta carta sólo se menciona la falta de “formación específicamente ignaciana” entre el noviciado y la tercera probación, es necesario añadir que dicha “formación específicamente ignaciana” es una dimensión integral de la formación permanente.

[33] Cfr D.6, No.19.

[34] *La comunidad religiosa es la sede y el ambiente natural del proceso de crecimiento de todos, donde cada uno se hace corresponsable del crecimiento del otro*. VFC 43; Cfr también VC 67 y PI 27.

[35] Cfr Peter-Hans Kolvenbach, *Carta sobre la vida comunitaria*, Marzo 12, 1998, No.1. [36] Cfr VFC, 43.

[37] El informe del P. Dezza insiste en la responsabilidad de la comunidad apostólica para la formación permanente, y no descarta la posibilidad de llamar un “especialista competente”, para posibilitar la comunicación y el diálogo. Cfr AR 1981, Pag. 659; La unión de Superiores Generales en su documento para el Sínodo de los Obispos sobre la vida consagrada, afirma que va surgiendo un nuevo modelo de comunidad apostólica donde se valoran más las relaciones interpersonales y que “el tipo de comunidad tradicional, basado prevalentemente en la observancia regular y la estructura, está dando paso a una vida de fraternidad más profunda... Se ha redescubierto la dimensión misionera de la comunidad... con un nuevo estilo de animación espiritual y de autoridad y con mayor responsabilidad, que favorecen una nueva espiritualidad y un nuevo sentido apostólico”. *Carismas en la Iglesia para el mundo*, Documento final, No.2.2.

[38] VFC 43.

[39] Cfr Peter-Hans Kolvenbach, *Carta sobre la vida comunitaria*, No.2; NC 316, 2.

[40] Peter-Hans Kolvenbach, *Carta sobre la vida comunitaria*, No.3. *En toda comunidad según la misión propia de cada una y tras madura deliberación, elabórese, bajo la dirección del superior, un programa o proyecto de vida comunitaria, que habrá de ser aprobado por el Provincial y periódicamente sometido a revisión* NC 324, 2.

[41] Cfr *Directrices para los superiores locales*, Curia de la Compañía de Jesús, Roma, 1998, Nos.36 y 55. Cfr también Pedro Arrupe, *El superior local: su misión apostólica*, No.41, AR 1981, Pag 557. En esta misma charla el P. Arrupe afirma que la falta de formación continua y permanente de los superiores es una de las causas de la pérdida de su misión como superior. Por eso la formación continua y permanente en las comunidades debe comenzar por el superior... para recuperar el sentido de su misión y la reafirmación de su autoridad. Cfr también *Código de derecho Canónico*, Can 661.

[42] Cfr AR 1981, Pag. 659. El P. Paolo Dezza afirma en su informe a la Compañía *que cada uno debe dar cuenta a Dios de la manera cómo ha cultivado los talentos recibidos y del empleo que hace de ellos. Si alguno pone obstáculos en su interior a la formación permanente... las ofertas exteriores apenas pueden nada*. Ibid. Cfr también Const. No. 582, donde San Ignacio, hablando de los jesuitas formados dice que la única regla que existe *en lo que toca a la oración, meditación y estudio... es la que la discreta caridad les dictare*. Cfr también PDV 79, 70; EE 46.

[43] Cfr Pedro Arrupe, *El superior local: su misión apostólica*, No.41, en AR 1981, Pag. 557.

[44] Cfr Pedro Arrupe, *Informe sobre el estado de la Compañía a la Congregación de Procuradores*, AR 1978, Pag. 441. Cfr también C.G. 32^a., D.6, No.35; NC 243, 1; PDV 78

[45] C.G. 32^a., D.6, No.19; Cfr también AR 1981, Pag. 660. [46] Cfr NC 230; 324, 3.

[47] NC 155, 1.

[48] Peter-Hans Kolvenbach, *Loyola 2000*. [49] Cfr NC 232; cfr PI 71; PDV 81.

[50] Cfr NC 241.

[51] Cfr C.G. 31^a., D.8, No.47; C.G. 32^a., D.6, Nos.20 y 35; C.G. 33^a., D.1, No.33; NC 242, 3.

[52] El P. Arrupe, ante el sentimiento de incapacidad para el diálogo con los no creyentes, expresado por algunos jesuitas dice que *esto nos confirma la necesidad y obligación que tenemos de insistir incansablemente en la oración, el estudio y la reflexión, elementos de una verdadera formación permanente... más allá del deseo de capacitarnos por medio de la formación permanente, lo que en realidad de verdad se nos pide es un auténtico esfuerzo de inculturación... Nuestra responsabilidad frente a la increencia*, Noviembre 25, 1979, en AR 1979, Pag. 873 y 874.

[53] Los superiores locales como los superiores mayores deben motivar, impulsar y facilitar la formación permanente. Cfr C.G.32ª., D.6, No.35. Esta misma congregación general recomienda que a quienes llevan ya unos 10 años de trabajo, sean sacerdotes o hermanos, se les dé la oportunidad de dedicar al menos unos 3 meses a una profunda renovación espiritual, psicológica y apostólica. Cfr Ibid No.36; NC 243, 1 y 3.

[54] Peter-Hans Kolvenbach, *Loyola 2000*.

[55] VC 70.

[56] Cfr VC 70. El Papa distingue las siguientes fases o ciclos vitales: 1) los primeros años de plena inserción en la actividad apostólica, 2) la fase sucesiva, que puede presentar el riesgo del cansancio, la rutina y la frustración por los pocos resultados alcanzados, 3) la edad adulta, con el peligro del individualismo, la rigidez, la cerrazón y el temor a no estar adecuado a los tiempos, 4) la edad avanzada caracterizada por la declinación de las fuerzas físicas y psíquicas y el retiro paulatino de la actividad, y 5) el momento de unirse a la hora suprema de la pasión del Señor. El Papa también habla de los momentos de crisis, cuando la fidelidad se hace más difícil, y afirma la necesidad de la cercanía del superior y la ayuda cualificada de un hermano. Estos momentos de prueba *se revelarán como un instrumento providencial de formación en las manos del Padre, como lucha no sólo psicológica entablada por el yo en relación consigo mismo y sus debilidades, sino también religiosa, marcada cada día por la presencia de Dios y por la fuerza poderosa de la cruz*. Ibid.

[57] Cfr Peter-Hans Kolvenbach, *La Formación del Jesuita durante la etapa de Teología*, Junio 4, 2000, en AR 2000, No.7, Pag. 662 y C.G. 34ª., D.6, Nos.23-30. [58] Cfr VC 70.

[59] Cfr C.G. 32ª., D.6, No.36; NC 243, 3.

[60] NC 244, 1.

[61] Cfr Salmo 92, 15. En la “tercera edad”es todavía posible organizar algunos encuentros de apoyo espiritual adaptados al ritmo de vida humano y apostólico, que puedan ayudar a los ancianos y enfermos a seguir activos en la medida de sus fuerzas y para apoyarse en sus dificultades y acompañarse y no caer en la tentación del desinterés y aislamiento.